

Ilustraciones de Marla Frazee



La carta de Clementina

Sara Pennypacker



Norma

La carta de Clementina

La carta de Clementina

Sara Pennypacker

Ilustraciones de Marla Frazee

Traducción de María Natalia Paillié

GRUPO
EDITORIAL

norma

www.librerianorma.com

Bogotá, Barcelona, Buenos Aires,
Caracas, Guatemala, Lima, México, Panamá,
Quito, San José, San Juan, San Salvador,
Santiago de Chile, Santo Domingo.

Pennypacker, Sara

La carta de Clementina / Sara Pennypacker ; traductora María Natalia Paillé ; ilustradora Marla Frazee. -- Bogotá : Grupo Editorial

Norma, 2010.

160 p. ; 20 cm. - (Colección torre de papel. Torre roja)

Título original : Clementine's Letter.

ISBN 978-958-45-2455-3

1. Novela infantil estadounidense 2. Vida familiar - Novela Infantil 3. Escolares - Novela infantil I. Paillé, María Natalia, tr. II. Frazee, Marla, il. III. Tít. IV. Serie.

I813.6 cd 21 ed.

A1245000

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Primera edición, febrero de 2010

Segunda edición, junio de 2010

© Sara Pennypacker, 2008

© Editorial Norma S.A., 2010,

para América Latina y Estados Unidos.

Avenida El Dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin permiso escrito de la Editorial.

Impreso por Edamsa Impresiones, S.A. de C.V.

Impreso en México - *Printed in Mexico*

Segunda reimpresión México, febrero de 2012

Edición: Carolina Venegas

Traducción: María Natalia Paillé

Diseño de cubierta: María Clara Salazar

Ilustraciones: Marla Frazee

Armada: Andrea Rincón

C.C. 26000620

ISBN 978-958-45-2455-3



*Para mis hijos, Hilly y
Caleb, quienes abrieron
sus corazones para que
Clementina pudiera latir.*

–S.P.

*Con este libro, ya son
tres Clementinas para mi
hermano, Mark Frazee,
el gurú del producto.*

–M.F.





Capítulo 1

—Juro lealtad a la bandera de los Estados Unidos de... ¡Auch!

En tercer grado, todo el mundo se empuja. Era Fabián-Froilán-Sebastián.

—Damián —susurró él.

El verdadero nombre de Fabián-Froilán-Sebastián es realmente Fabián. *Ahora* lo sé. Pero al comenzar el año solía llamarlo con los tres nombres porque no podía recordar cuál era el verdadero. A él le gustaba. Y ahora, siempre quiere que le agregue

uno más. La semana pasada, me sugirió Alacrán, pero le dije: “No. Tiene que ser un nombre real”.

—Bueno —dije después del juramento a la bandera—. Fabián-Froilán-Sebastián-Damián.

10
Mi profesor se dio cuenta y se jaló la oreja. Este es nuestro código secreto para la “Hora de poner atención”. Entonces, me enderecé y puse atención, aunque solo estaba diciendo que cuando llamara a lista levantáramos la mano si estábamos presentes.

Pero inmediatamente después, se puso interesante.

—Clementina, ¿podrías por favor ir a buscar a la directora Gamba a su oficina?

Siempre que mi profesor necesita que alguien vaya a la oficina de la directora me envía a mí, porque soy muy responsable. Bueno, también es porque me envían tanto a ese lugar que podría encontrarlo con los ojos cerrados.

Eso lo intenté una vez. Es impresionante la cantidad de moretones que

te pueden salir de tropezarte con una fuente de agua.

Cuando llegué a la oficina de la directora Gamba, ella alargó la mano esperando una nota de mi profesor que explicara cuál era el problema.

—Nop, ¡hoy no vengo para un tirón de orejas! —le dije—. Solo estoy aquí para llevarla a nuestro salón.

—Oh, está bien —dijo ella—. Ya es hora.

Mientras caminábamos por el corredor, le recordé que el viernes tam-



poco me habían enviado a su oficina para un tirón de orejas.

—¿Me extrañó? Mi profesor dijo que me había portado muy bien. Que ya estaba entendiendo cómo se trabaja en el tercer grado.

—Sí me di cuenta de que no viniste, Clementina —dijo la señora Gamba—. De hecho, me dijeron que habías tenido una muy buena semana. Felicitaciones. Tu profesor dijo que él y tú estaban en verdadera sintonía últimamente.

—¿En sintonía?

—En sintonía. Significa que están trabajando bien juntos, que se entienden.

De vuelta en el salón, mi profesor se sentó en su escritorio y dejó que la señora Gamba tomara el control, porque ella es su jefe. Pero estaba sonriendo. La señora Gamba también estaba sonriendo, cuando dijo:

—Niños, tenemos algo que contarles.

Esto me hizo pensar que eran buenas noticias.



—Estoy segura —continuó—, de que todos saben que su profesor tiene un interés especial en el antiguo Egipto.

Sí, claro que lo sabíamos. Había momias y esfinges y pirámides desparrramadas por todo el salón y, durante el último mes no habíamos hecho otra cosa que hablar de Egipto.

Y eso me gustaba. Mi maestra del año pasado solo hablaba de “Los días de antaño en la pradera”. Eso habría estado bien, excepto que a ella solo le gustaba hacer gorritos y pan de maíz. Yo quería hacer cosas de “Los días de antaño en la pradera” *afuera*, como enlazar búfalos y excavar en busca de oro y atrapar criminales mientras estos tomaban cerveza en las tabernas. Pero mi profesora del año pasado dijo, “Nop”, y todo tenía que ser gorritos y pan de maíz y quedarnos sentados en la silla todo el día. “Además”, decía ella, “todas esas cosas son de ‘Los días de antaño del Lejano Oeste’”. Casi me quedo dormida con solo recordar lo aburrido que fue el año pasado.

Pero no me quedé dormida, porque quería saber cuáles eran las buenas noticias.

—Cuando supe que el programa “Aventuras para maestros” de este año era una excavación arqueológica en Egipto —continuó la directora—, nominé a su profesor.

La señora Gamba parecía muy contenta y orgullosa, pero yo todavía no entendía por qué.

—Y estoy encantada de decirles que durante el fin de semana, ¡nos enteramos de que el señor Morcillo es uno de los finalistas!

Cuando la directora Gamba pronunció el nombre de nuestro profesor, todos contuvimos la respiración al mismo tiempo. Porque si no estás poniendo atención puedes equivocarte, y en vez de decir señor Morcillo, puedes decir “morcilla”, como si te estuvieras burlando del profesor.

El primer día de escuela, me esforcé tanto por no equivocarme, que me equivoqué tres veces.

En el recreo, me disculpé y le expliqué que la única razón por la que dije mal su nombre fue porque estaba muy preocupada por decirlo mal. El señor Morcillo dijo que entendía y que además eso seguramente iba a pasar algún día.

Desde ese día, todos lo llamamos “profesor”. No vamos a correr ningún riesgo.

Supongo que a la señora Gamba no le importaba cometer un error. Probablemente pensaba: “¿Y qué si me envían a la oficina de la directora? ¡Yo vivo ahí!”.

—El señor Morcillo se irá hoy después del almuerzo, porque pasará la semana con el comité de “Aventuras para maestros”. Pero lo veremos de nuevo el viernes en el capitolio. Ahí, habrá una ceremonia para nombrar al profesor ganador, y estamos invitados. Luego, si lo escogen, el señor Morcillo viajará a Egipto para la gran aventura.

Todos contuvimos la respiración otra vez cuando ella dijo su nombre, y por eso casi me pierdo lo que dijo después. Pero no me lo perdí:

—Eso significa que se irá por lo que resta del año.

La señora Gamba siguió hablando, pero yo solo oía “se irá por lo que resta del año”, y no pude oír nada más.

Miré a mi profesor. Esperé a que saltara y dijera: “Nop, lo siento, señora Gamba. No me puedo ir por lo que resta del año porque prometí estar aquí. A mis alumnos les dije: ‘Seré su profesor este año’. Como todavía estamos en este año, tengo que quedarme y ser su profesor. No voy a romper esa promesa”.

Pero no lo hizo. ¡Se quedó sentado en su escritorio sonriéndole a la señora Gamba!

—Esta es una oportunidad estupenda —estaba diciendo la señora Gamba en su voz de letras mayúsculas—. Debemos estar muy orgullosos del señor Morcillo.

Todos los niños aplaudieron e hicieron caras como si estuvieran felices por la “oportunidad estupenda” y orgullosos de nuestro profesor. Yo no. No creo que romper una promesa sea una razón para estar orgulloso de alguien.

